

Iraq y la reconfiguración del Medio Oriente

Por *Alejandro J. SALGÓ VALENCIA*

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001 es la fecha en la que se pone en marcha el "Nuevo Orden Mundial" (NOM) anunciado desde diez años antes por George Bush padre. Sin embargo, esta nueva realidad internacional no consiste en el triunfo de la democracia liberal y la inauguración de un mundo liberado de guerras y revoluciones, como tan erróncamente había declarado Francis Fukuyama en su artículo "El fin de la historia". Este nuevo sistema que sustituye al mundo bipolar del siglo XX se caracteriza por la existencia de una única potencia hegemónica: Estados Unidos de América. La creación de un escenario mundial en donde el dominio estadounidense controla los puntos geopolíticos más importantes del planeta se ha podido dar gracias al muy cómodo y sospechoso pretexto de la "lucha contra el terrorismo".

El primer avance fue contra Afganistán, país que si bien no tiene recursos energéticos, si se encuentra en la ruta de oleoductos y gasoductos que se encargarán de transportar los hidrocarburos desde Asia Central. El posicionamiento en Afganistán significa la presencia en una de las regiones más importantes del mundo en cuanto a reservas de hidrocarburos. Lo obstante, más allá de la cantidad de barriles de petróleo o de pies cúbicos de gas, el interés por las ex repúblicas soviéticas del Turquestán consiste en evitar que posibles rivales, ya sea Europa o la Federación Rusa, se apoderen de esos recursos.

El segundo objetivo dentro de la táctica de Washington en su camino hacia el control de las fuentes de energía del planeta fue la República Árabe de Iraq. Después de una guerra inconclusa en 1991 y doce años de sanciones impuestas por la comunidad internacional, que de hecho provocaron más muertes que la misma guerra, el proceso histórico había llegado a una coyuntura ideal para iniciar una invasión armada a Iraq.

El gobierno ultranacionalista de George Bush Jr., que requería de un espectáculo mediático para distraer las críticas vertidas hacia el pésimo desempeño de su gobierno en el rubro económico y los escándalos bursátiles de Wall Street, conjugado con la situación de

histeria internacional, habían dado la pauta para que a todo lo largo del año 2002 se iniciara una ofensiva diplomática en contra del régimen de Saddam Hussein. La imagen del enemigo externo cohesionó de nueva cuenta a una parte importante del público estadounidense en torno a su líder, tal cual había sucedido cuando se declaró la ofensiva contra Afganistán, que demandaba un nuevo capítulo bélico en la historia de ese país.

Mediante la manipulación de la información se fabricó la idea de que Bagdad estaba almacenando armas de destrucción masiva. El acopio de este arsenal ciertamente violaba las directrices impuestas a Iraq cuando se decretó el cese al fuego que dio por terminada la guerra de 1991. La planeada manipulación de los medios masivos de comunicación dio como resultado un nerviosismo internacional y apocalípticas conclusiones sobre la posibilidad de que las armas de Saddam Hussein cayeran en manos de terroristas internacionales. A este estado de ánimo es necesario añadir la coerción que Washington ejerció sobre regímenes alrededor del orbe al exigir apoyo amenazando con embargos económicos, acusaciones ante la Organización Mundial del Comercio (OMC) o la suspensión de paquetes de ayuda económica.¹

Es indispensable señalar que el proyecto del grupo gobernante en Estados Unidos, desde la campaña electoral de George W. Bush, fue el de crear un escenario internacional de "guerra perpetua" justamente para redibujar el mapa geopolítico mundial. En este escenario, Estados Unidos debe mantenerse en alerta máxima, para librar guerras en cualquier momento y en cualquier lugar del mundo y someter a los "enemigos terroristas que los intentan destruir"; todos los ciudadanos deben apoyar a su gobierno de manera incondicional y sin cuestionamiento alguno si es que quieren salir triunfantes.

Ciertamente el proyecto ha rendido con creces tanto en sus fines de posicionamiento geopolítico como en la política interna. Hoy en día el público estadounidense ya no recuerda que George W. Bush fue el primer presidente en llegar a la Casa Blanca por fraude electoral, y tolera el desastroso manejo de la economía en aras de apoyar a un presidente que tiene que luchar contra el terrorismo en todos los rincones del mundo. Sin embargo, un punto medular para entender el comportamiento estadounidense en política exterior radica en el Plan Nacional de Energía (PNE), hecho público por el mismo Bush el 17 de mayo de 2001. En ese documento, el gobierno declaró que para el año

¹ En junio de 2003, Washington recortó en más de 70% el paquete de ayuda militar que otorgaba a los países de América Latina que se opusieron a la invasión de Iraq

2020 Estados Unidos requerirá 37 millones de barriles de petróleo diarios para satisfacer su demanda energética.² Por consiguiente, para esa fecha 66% del petróleo utilizado será de importación, por lo que asegurar el abastecimiento constante y barato del energético es un rubro de seguridad nacional para ese país. Esta cifra ha obligado al Pentágono a realizar un ejercicio prospectivo para asegurar ese flujo petrolero desde los inicios del siglo XXI.

La República Árabe de Iraq tiene en su subsuelo 10% de las reservas probadas de petróleo (más de 110 000 millones de barriles), que lo hizo un botín ideal para las necesidades energéticas de Estados Unidos y un frente muy cómodo para mantener la dinámica de "guerra perpetua" iniciada por la administración Bush, situación que perpetuaría a ese gobierno de manera indiscutida en el poder. No obstante, es necesario puntualizar que el objetivo de la invasión a Mesopotamia no es exclusivamente adueñarse del petróleo para el consumo de Estados Unidos, sino obtener el control del flujo petrolero que alimenta a un futuro rival hegemónico de Washington: la Unión Europea (UE). La Unión Europea obtiene del Medio Oriente 85% del petróleo que consume, petróleo que en este momento se encuentra bajo control de empresas estadounidenses que tendrán acceso a la explotación y distribución del petróleo iraquí, actividades que solían ser un monopolio estatal de la república árabe.

A partir de la ocupación de Iraq, la política internacional ha sufrido cambios. Por una parte está la clara que Washington ha creado una colonia en el corazón del Medio Oriente, hecho que le permitirá tener una participación física en el desarrollo político de la región, además de haberse adueñado de 10% de las reservas petroleras mundiales. Por otra parte, el preámbulo del conflicto armado, que se caracterizó por un enfrentamiento diplomático entre las potencias (Estados Unidos y Reino Unido por un lado, y Rusia, Francia y Alemania en el otro bando), tuvo consecuencias para el orden mundial. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) demostró su incompetencia como posible foro de resolución de conflictos y como garante del derecho internacional. Aun más importante es el hecho de que la UE quedó fracturada a partir del resquebrajamiento de una política exterior común. La marcha hacia la unión política del continente europeo (que debía ser detenida a toda costa por los ideólogos en Washington) se ha estancado ante la falta de un compromiso común en política exterior.

Michael T. Klare, "Global petro-politics: the foreign policy implications of the Bush Administration's energy plan", *Current History*, vol. 101, no. 653 (marzo 2002), p. 100

En el rubro económico, la agresión militar en contra de Bagdad tuvo como objetivo debilitar a la moneda de la UE (conocida como "euro") o por lo menos detener la constante solidez que dicha divisa estaba adquiriendo. La intención de los países productores de petróleo miembros de la OPEP,³ de cambiar el patrón de sus transacciones del dólar estadounidense al euro hubiera significado el desplome del dólar como divisa internacional y la debacle de la economía de Estados Unidos. Ciertamente, Iraq fue tomado como un escenario en el que se luchaba por mantener, entre otras cosas, el *status quo* mundial, con lo que Washington continuaría siendo la gran potencia económica.

Finalmente, el derrocamiento del gobierno de Saddam Hussein significó el fin del último régimen nacionalista árabe que se opone a la existencia del Estado de Israel. Este hecho es el paso indispensable que Washington necesitaba para reconfigurar el Medio Oriente a su gusto y conveniencia; este rubro será analizado más adelante.

El Medio Oriente es la región más importante del mundo en términos geopolíticos y justamente por eso una de las más convulsionadas. Es indispensable destacar una serie de aristas en tomo al reordenamiento de fuerzas en esa región después de la invasión estadounidense.

En primer lugar, el nacionalismo árabe se ha quedado sin el último gobierno auténticamente funcional que encarnaba un proyecto socialista y progresista en la región. Los ideales del panarabismo y la unión de toda la nación árabe bajo un Estado republicano y laico han quedado completamente sepultados. El mundo árabe (con la excepción de Siria, Líbano y Libia) está actualmente gobernado por autócratas que muestran su lealtad y sometimiento a los intereses occidentales en materia política, militar y petrolera. Esta situación ha provocado el surgimiento de problemáticas que en años anteriores no habían sido detectadas y que ahora pueden ser el detonante de movimientos sociales, políticos e inclusive armados, justamente a consecuencia de la intromisión estadounidense.

La Península Arábiga

A pesar del estereotipo que se ha mantenido a lo largo del tiempo, de que los gobiernos de los países petroleros de la Península Arábiga (Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Omán, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos) tienen a toda su población viviendo en el lujo absoluto, la realidad es que existen problemas sociales, políticos y económicos que

³ Organización de Países Exportadores de Petróleo

ponen en riesgo la continuidad de las casas gobernantes en cada uno de los países que se han estudiado.

El principal problema que enfrentan los regímenes monárquicos de la Península es el descenso en el nivel de vida de los ciudadanos de sus respectivos países. Este proceso ha sido consecuencia de una serie de factores que se han conjugado para crear una atmósfera de descontento social. Uno de estos factores coyunturales ha sido la continua caída de los precios del petróleo en el mercado internacional, que ha provocado una reducción en la renta nacional percibida por este concepto. El total del dinero obtenido por la venta del crudo en Arabia Saudí en 1985 había sido de 46 mil millones de dólares, mientras que en 1987 ya había descendido a 20 mil millones de dólares. A partir de entonces y con los gastos que representaba el apoyo a Iraq durante la guerra contra Irán, comenzó la era de los déficits presupuestarios en toda la Península. En Arabia Saudí se manifestó en 1991 cuando el déficit llegó a ser 19% del PIB, en 1992 fue de 15% y durante el periodo de 1995-1997 se logró disminuir hasta 5%⁴ y a partir del año 2000 se ha mantenido en ese rango. Otro factor que se ha conjugado para acelerar el descenso en los niveles de vida ha sido la elevada tasa de crecimiento demográfico (en algunos países ha llegado hasta 4% anual), que ha provocado que el ingreso per cápita caiga estrepitosamente ante la ausencia de un crecimiento económico acelerado.

La mezcla de estos dos factores ha mermado la capacidad de las élites gobernantes para mantener el otrora gran Estado benefactor que otorgaba educación de alto nivel, excelente servicio de salud y trabajo asegurado y bien remunerado para la mayoría de sus ciudadanos. Si a esto se agrega que la actual generación de jóvenes en las monarquías petroleras árabes ha pasado por un proceso de urbanización y educación superior que se ha traducido en demandar más al Estado que la generación anterior y que la capacidad de satisfacer esas demandas es cada vez menor, entonces se revela una situación de descontento generalizado en contra de la clase gobernante. Este sector que hoy en día se ve desempleado o con pocas oportunidades de crecimiento económico se ha vuelto muy crítico de la realeza, la cual no ha disminuido sus gastos suntuarios, no tiene que responder ante la justicia por su alto nivel de corrupción —ya que no existen instituciones encargadas de vigilar el uso correcto de la riqueza nacional— y continúa

⁴ Daryl Champion, "The Kingdom of Saudi Arabia: elements of instability within the stability", *Middle East Review of International Affairs*, vol. 3, no. 4 (diciembre 1999), p. 2

enriqueciéndose gracias al tráfico de influencias y al monopolio de las concesiones gubernamentales para obras y servicios.

Otro proceso que ha generado descontento entre la población es la confrontación entre los valores emanados de la globalización y los valores culturales tradicionales de las sociedades de la Península. La ideología occidental ha provocado que líderes religiosos y tribales pierdan influencia en la sociedad en detrimento de la tradición cultural de la comunidad. Este hecho ha polarizado aún más a la población, que ve con recelo los lazos que establecen las casas gobernantes con las potencias mundiales.

Para las monarquías petroleras existe una situación contradictoria. Por una parte, la subsistencia de monarquías absolutas en pleno siglo XXI se debe principalmente al valor estratégico que éstas representan para el mundo occidental, tan necesitado de energéticos para alimentar el crecimiento de sus economías. Tener a dóciles príncipes al servicio de Washington es una pieza indispensable para la geopolítica estadounidense contemporánea. Sin embargo, la otra cara de la situación es que la presencia de tropas estadounidenses en todos los países del Golfo Pérsico (salvo Irán) ha sido percibida como un símbolo de debilidad y de humillación, al tener que recurrir a soldados cristianos para proteger a la realeza local y atacar a musulmanes vecinos; esta presencia transmite el mensaje de que estos reyes no son sino esclavos al servicio de Washington, lo cual vulnera la estabilidad regional por dos motivos: primero porque la presencia extranjera se convierte en el blanco de ataques tanto políticos como militares de organizaciones que se oponen al expansionismo de Estados Unidos en la zona; segundo porque alimenta el deseo de derrocar a las ya de por sí corruptas e ineficientes monarquías locales. Las casas reales de la Península se debaten entre contradecir los designios de su protector o enfrentarse al rechazo de la población local que palatinamente alberga sentimientos de insurgencia.

Iraq

EN cuanto a Iraq, el escenario se ha tornado absolutamente complejo. Después del derrocamiento de Saddam Hussein, el vacío de poder ha caracterizado la política iraquí. Este vacío se hizo patente en los días subsiguientes al derrocamiento del histórico líder, cuando el saqueo y la anarquía hicieron presa fácil del todo el territorio, pero fue más claro cuando actores políticos ajenos al partido Ba'ath (partido de Saddam

Hussein, única agrupación política legal) fueron incapaces de tomar las riendas de un gobierno provisional.

Esta situación es consecuencia de los años de persecución política que caracterizaron al régimen de Hussein, en donde el encarcelamiento o el exilio fueron las disyuntivas otorgadas a los opositores. Las organizaciones en el exilio se mantuvieron fuera de contacto con la población local, de hecho colaboraron con las fuerzas invasoras en 1991 y en 2003 de nueva cuenta, por lo que carecen de todo tipo de aceptación y legitimidad para ser nombrados como líderes del pueblo iraquí y son percibidos como títeres de Occidente, que únicamente los utilizaría para facilitar la explotación de los recursos naturales árabes por compañías extranjeras.

La conclusión directa de este proceso es que cualquier esfuerzo estadounidense por formar un gobierno “democrático y representativo de la nación iraquí” está condenado al fracaso. El único sector que tendría la autoridad y legitimidad para erigirse como líder del país en esta nueva página de la historia es aquél que resistió décadas de censura, persecución, encarcelamiento y la muerte de muchos de sus dirigentes, aquí se hace referencia clara a las organizaciones integristas islámicas. Entonces no es difícil de entender que en un país tan fragmentado como Iraq, el único grupo capaz de mantener el orden, organizar a la comunidad en medio del caos y erigirse con el liderazgo social haya sido tanto el clero shií como la dirigencia de los grupos integristas sunníes. Es obvio que para los intereses occidentales, el futuro de este país no puede recaer en los movimientos religiosos, aunque sean los únicos capacitados para reconformar a Iraq.

En este escenario, la presencia de tropas estadounidenses alimenta el deseo de tomar las armas en contra de la ocupación y del gobierno que intentan imponer. La insurgencia se convierte así en una bandera abrazada por todos los que quieren tener un lugar en la política iraquí en el futuro, situación que se ve confirmada con los ataques cotidianos en contra del ejército invasor. Conforme el tiempo pasa, los ataques, aparentemente desorganizados y esporádicos, pasarán a formar parte de la táctica de las organizaciones integristas que, como ya se dijo con anterioridad, son las únicas instituciones que pueden conformar a un país después de la caída del régimen ba'athista. El objetivo de los islamistas es ciertamente conformar un gobierno emanado de la ley islámica (*shari'a*), lo cual para la shi'a (que es la mayoría de la población al estar cerca de 60%) consiste en fundar una República Islámica a imagen y semejanza de la iraní.

El proyecto de dominación por parte de Estados Unidos no se enfrenta a un panorama alentador. Al igual que en Afganistán, la presencia militares lo único que impide que el país sea retomado por los enemigos de Washington: en pocas palabras, el proyecto de construcción de instituciones democráticas, tan publicitado por la Casa Blanca antes de la guerra, ha sido un rotundo fracaso. De la misma manera, el proyecto de occidentalización cultural de Iraq está destinado al olvido. Este país árabe se debate actualmente entre dos corrientes ideológicas: el nacionalismo (muy devaluado pero que se encuentra enraizado en las mentes de los iraquíes gracias a la educación por parte del partido Ba'ath durante décadas) y el integrismo islámico, que funge como un bastión de identidad ante los agresivos embates de Occidente por transformar la esencia del mundo musulmán. Las puertas han sido abiertas para que el islam político tome el poder en Iraq una vez que el peor enemigo de esta doctrina (Saddam Hussein) ha sido derrocado.

La presencia estadounidense en Iraq se ha convertido en una serpiente que se come su propia cola. La ocupación ha despertado al aletargado integrismo islámico al remover del poder al antirreligioso Saddam Hussein, una vez que se ha levantado la voz del islamismo, la presencia de tropas estadounidenses alimenta la popularidad de las organizaciones religiosas y el deseo de militancia de la población. Entre más fuerte es el islam político, más recursos económicos y humanos compromete Washington para mantener bajo control el escenario, con lo que hay más atentados guerrilleros y más resistencia por parte de la población contra las fuerzas de ocupación provocando una guerra de desgaste. La historia ha demostrado que un ejército de ocupación nunca ha podido derrotar a una resistencia guerrillera, mucho menos cuando el ingrediente religioso es el centro de su ideología. Estados Unidos se enfrenta al "síndrome Vietnam" una vez más y se perfila a encontrarse con las mismas consecuencias.

La pregunta obligada es ¿por qué tal odio y miedo al islam político? En primer lugar, es necesario definir que el integrismo islámico es la propuesta de reunificar a la religión y la política, en donde el Estado y todo lo que de él emana existe y convive dentro de un marco islámico. Contrariamente al estereotipo fabricado por los medios masivos de comunicación de Occidente, las organizaciones islamistas no son grupos terroristas que intentan conquistar al mundo, sino células que forman parte de un movimiento mayor que intenta mitigar los excesos de la polarización de la riqueza. Fungen como un Estado ahí en donde el Estado contemporáneo ha fallado. Llevan educación, servicios de salud, ayuda alimentaria y pequeñas obras de infraestructura a los sectores y

las regiones más pobres de cada país. En pocas palabras, el integrismo islámico es una opción política que emana de la misma tradición cultural de los pueblos musulmanes, que se erige como una alternativa ante el fracaso que ha sido la imitación de paradigmas occidentales, ya sean monarquías, repúblicas democráticas o comunistas, dictaduras de partido y nacionalismos.

No es de extrañar que esta corriente filosófica, política, económica y social, que emana del corazón de la cultura islámica, sea la más popular en el mundo musulmán hoy en día. Sin embargo, tampoco es de extrañar el odio que este movimiento ha generado alrededor del orbe: al caer el mundo comunista en 1991, el mundo occidental, especialmente Estados Unidos, requería de un enemigo omnipresente pero identificable con algunos Estados-nacionales y que supliera al socialismo soviético en su papel de enemigo cultural del liberalismo democrático de Occidente. Tal necesidad es la de justificar grandes presupuestos militares y la presencia militar a todo lo largo del planeta; no hay que olvidar que la economía estadounidense está fundamentada en la venta de armas y toda la tecnología de destrucción que la rodea.

Mucho más importante que el punto de la venta de armas es que al tener un enemigo que está en todas partes pero es elusivo a la vez, se pueden tomar iniciativas unilaterales para invadir posiciones geopolíticas importantes —como son reservas petroleras, rutas para oleoductos— o para derrocar a regímenes que se oponen a la hegemonía del mundo globalizado; siempre haciendo alusión a que se persigue un fin superior, como lo es luchar contra el detestable terrorismo. Terrorismo, que bajo el discurso de la “Doctrina Bush” es sinónimo de cultura islámica.

Al tomar en consideración todo lo expuesto anteriormente, es necesario mostrar el escenario regional hasta inicios del año 2003. El régimen nacionalista/laico de Saddam Hussein históricamente había funcionado como un dique que impedía que el proyecto religioso de Irán influyera en el mundo árabe. No hay que olvidar que la guerra iniciada por Iraq en contra de Irán en 1980 fue en realidad una guerra del mundo laico en contra del experimento religioso de los ayatollahs en el país persa. Estados Unidos, la URS y las monarquías petroleras del Golfo apoyaron a Saddam, inclusive con armas químicas, en su esfuerzo bélico en contra de la República Islámica de Irán; en aquel tiempo todo el mundo toleró la utilización de estas armas de destrucción masiva tan condenadas últimamente.

Con la caída del último bastión del nacionalismo árabe se abren las puertas para que las organizaciones integristas tomen el poder en todos los países del Golfo Pérsico. En párrafos anteriores ya se expuso la

crisis interna que padecen estas anacrónicas monarquías mientras que la situación muy particular de Iraq, al encontrarse directamente ocupado por un ejército extranjero, da la pauta ideal para que los islamistas convoquen a la resistencia, ya sea en contra de la ocupación extranjera o de los líderes entreguistas que la apoyan. La política internacional de Occidente, al intentar aislar y perseguir al integrismo islámico, está provocando hoy en día su popularidad, crecimiento y expansión por todo el mundo musulmán.

Conflicto palestino-israelí

DESPUES de la derrota del régimen de Saddam Hussein, cayó el último gran enemigo militar de Israel desde la perspectiva del nacionalismo árabe. En la década de los ochenta, Bagdad intentó llenar el vacío de poder que existía dentro de la ideología del panarabismo republicano tras la derrota de Nasser en 1967. En la actualidad, solamente Libia, Siria y Líbano siguen en el campo de los opositores a la normalización de relaciones con el Estado judío, países que de ninguna forma representan una amenaza para Tel Aviv.

En los inicios del siglo XXI, Israel se erige como la potencia hegemónica de la región, tal cual ha sido el proyecto de Occidente desde el fin de la segunda Guerra Mundial. El Estado sionista sigue en expansión y en estos momentos ya no tiene oposición, por lo menos encamada en algún Estado-nacional, porque la resistencia islámica dentro de Palestina se rehúsa a ser aplastada por la maquinaria bélica judía. No obstante, la situación que se ha perfilado en ese escenario es fácilmente palpable. Actualmente se intenta ejecutar el "Mapa de Ruta" propuesto por la administración Bush para llegar a la firma de la paz en territorio palestino. El fin buscado es la coexistencia de dos Estados, uno israelí y el otro palestino, para el año 2005. En este aspecto hay que tomar en consideración cómo será la paz alcanzada por estas dos naciones, porque temas tan delicados como la soberanía de Jerusalén, el retorno de los refugiados palestinos y el desmantelamiento de los asentamientos de colonos judíos en Gaza y Cisjordania, no han sido abordados con toda la seriedad que merecen. No hay que olvidar que estos rubros quedaron pendientes cuando el mundo se regocijaba por la firma de los Acuerdos de Oslo, ya que ilusamente se creía que se había resuelto este conflicto. Otro aspecto es que actualmente se ha intentado marginar a organizaciones de la resistencia islamista como Yihad Islámica y Hamas; esto es un grave error considerando que son

las organizaciones políticas más importantes de Palestina y tienen más aceptación entre la población que cualquier grupo de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Empujarlas al ostracismo para ser etiquetadas como terroristas y por consiguiente perseguidas por Estados Unidos, Israel y la misma ANP, es obrar contra de la esencia misma del pueblo palestino, que ve en estas organizaciones no solamente la resistencia en contra de Israel, sino la posibilidad de un gobierno mucho más eficiente que la nacionalista ANP.

Ciertamente que la paz alcanzada (en caso de que se logre), será injusta para el lado palestino, que verá disminuidas físicamente sus expectativas de constituir un Estado independiente en los territorios que reclama y que en lo político se verá limitado y restringido ante un receloso vecino que esperará el más mínimo pretexto para regresar al *status quo* de la ocupación de Gaza y Cisjordania, territorios considerados como “regalo de Dios” para el pueblo judío. Ceder territorio es impensable para Israel, históricamente lo ha hecho sólo cuando reconoce que ha perdido en el campo de batalla, tal cual sucedió en Líbano en mayo de 2000, cuando el Hezbollah lo expulsó de suelo libanés.

El 8 de mayo de 2003, los planes de Washington para la región quedaron revelados: que el Medio Oriente se convierta en una región de libre comercio en la que Israel sea el eje y la potencia dominante.⁵ Esta iniciativa de apariencia inocente refleja uno de los incisos de la nueva geopolítica estadounidense: crear “policías” regionales que le presten ayuda en su “lucha contra el terrorismo”. Australia se ha revelado como el bastión militar en el Sureste Asiático, y con las recientes guerras libradas en el Medio Oriente se ha despejado el camino para apuntalar la labor policiaca que Israel pueda desempeñar en la región.

Irán

LA República Islámica de Irán se encuentra hoy en día acorralada por la política expansionista de Estados Unidos. Por el flanco oriental está la ocupación de Afganistán, que todavía no puede someter a los talibanes, y por el flanco occidental se encuentra la ocupación de Iraq. A esto hay que agregar el asedio diplomático en contra de Irán por sus programas de energía nuclear. Todo apunta a que el próximo blanco en la serie de agresiones estadounidenses será el régimen clerical de Teherán, último bastión de la oposición a Washington e Israel en la

⁵ AFP, DPA, Reuters. “Busca Bush una zona de libre comercio de Estados Unidos con Medio Oriente”, *La Jornada*, 9-V-2003, p. 33

región, país que posee la segunda reserva de gas más importante del mundo después de Rusia.⁶ Sin embargo, Irán ciertamente presenta muchos más retos que los dos escenarios anteriores. En la otrora Persia, con 60 millones de habitantes aproximadamente, hay un pueblo cohesionado que apoya a su gobierno y voluntad de combate sin importar la superioridad bélica del contrincante (no hay que olvidar cómo resistieron los embates de Saddam en 1980-88 con un ejército diez veces inferior al iraquí), es un país que no ha sufrido el debilitamiento y cansancio que provocan 12 años de sanciones económicas como le sucedió al régimen de Bagdad y además Teherán ha podido modernizar su armamento al establecer intercambios en esa área con China y Rusia; por último, la defensa de Irán y de su gobierno no está encamada en la figura carismática de un líder nacionalista (como en Iraq) ni en la de un rey paternalista y tradicional (como en cualquier monarquía), sino que el régimen es identificado con la religión misma.

La República Islámica de Irán, como el único Estado auténticamente islámico del mundo, se ve asediada por el plan imperial de Estados Unidos, que requiere gobiernos vasallos alrededor del orbe, sobre todo si en su subsuelo se encuentran reservas importantes de energéticos que puedan abastecer a la insaciable industria estadounidense. Los preparativos se han estado realizando desde enero de 2002, cuando Bush incluyó a este país en su informe de gobierno, dentro de su imaginaria serie de villanos llamada "el eje del mal". Teherán se encuentra listo para el peor escenario, una invasión militar que pueda cerrar el "cinturón" que Washington está dibujando desde Asia Central hasta Kosovo para controlar prácticamente la totalidad del petróleo mundial y sus rutas de distribución.

Iraq ha sido el último episodio de las invasiones estadounidenses en tierras del islam, Israel se ha quedado sin enemigos claros en el campo del nacionalismo árabe y los países petroleros de la Península Arábiga están gobernados por complacientes dinastías que atienden cualquier petición de Occidente. Hoy en día, la ocupación estadounidense de Afganistán y de Iraq presenta como un triunfo muy rápido al derrocar a los regímenes "enemigos". Sin embargo, mantener la ocupación ante una población local que abiertamente rechaza su presencia y sus propuestas de gobierno, incluso con el uso de la violencia, provocará un escenario de guerra de guerrillas que se prolongará durante años hasta que los mismos invasores se percaten

⁶ 812 billones de pies cúbicos. Cifra reportada por *Oil and Gas Journal*, diciembre de 2000, en DE: <<http://ogj.pennnet.com/home.cfm>>.

de que es incosteable la ocupación. Desgraciadamente, para llegar a esa conclusión tendrán que morir muchos más civiles de los que han muerto hasta ahora.

En el campo de la política internacional, si el integrismo islámico estaba a la alza en todo el mundo musulmán, hoy en día se perfila como la única opción política, no sólo porque resuelve problemáticas en el mundo de la globalización de riqueza polarizada y porque emana de la esencia de la tradición, sino porque resalta como una respuesta ante la agresión imperialista de Occidente.